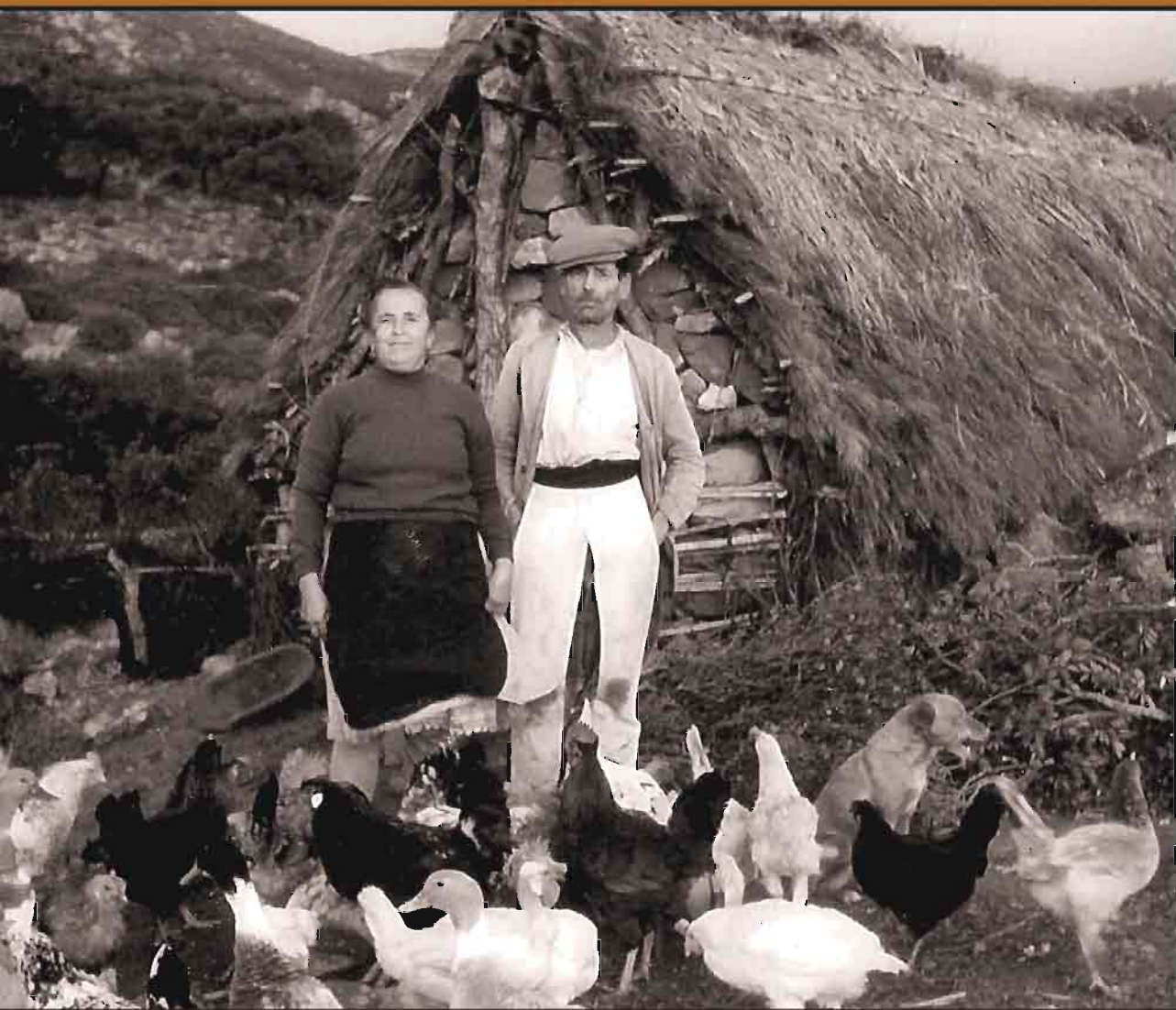


MUROS DE PIEDRA Y TECHO DE CASTAÑUELA

VIVIR EN CHOZAS



Beatriz Díaz

Dibujos de **Rafael Pulido Jurado**

MUROS DE PIEDRA Y TECHO DE CASTAÑUELA

Vivir en chozas

Memoria oral de la vida en las chozas
Tarifa (El Campo de Gibraltar, Cádiz)

Por **Beatriz Díaz**

Dibujos y acuarelas de Rafael Pulido Jurado

ÍNDICE

Introducción

El valor de las chozas 11

1. Mis abuelos hicieron unos chozos

Nina Campano y Francisca García. El Pedregoso y Facinas (Tarifa) 33

2. La choza para dormir y la de cocinar

Antonia y Curro Gil. Puertollano (Tarifa) 37

3. Una casita pequeña con una entrada muy chica

Paqui y Mari Luz Ruiz. Los Algarbes (Tarifa) 45

4. Habitaciones transparentes y zapatos de barro

Francisco Serrano. Los Barrios y Algeciras 53

5. Cada año una nueva choza

Pepa Sarmiento y Quica Rojas. El Junquillo (La Línea) 59

6. Aquí eran pobres todos

José Manuel Fernández. La Canchorrera 67

Imágenes del poblado de La Canchorrera 78

7. Una casa para vivir el resto de tu vida

Antonia Cote. El Realillo (Bolonia) 93

8. Aquello que no queríamos perder

Luz Ruiz. La Gloria (Bolonia) 97

9. Nosotras vivíamos apartadas

Manoli y Pepi Pacheco. Los Boquetillos y La Gloria (Bolonia) 101

10. Protegidos por la roca arenisca

Paseo por Los Boquetillos 105

Imágenes del poblado de Los Boquetillos 110

11. Nuestra vida eran los cortijos

Ana y Adolfo Trujillo. El Puntal del Alamillo 129

Entrevista en profundidad 134

12. Resistir para salir adelante	
Paseo por El Puntal del Alamillo	157
Imágenes del poblado de El Puntal del Alamillo	162
13. ¿Éramos personas o animales?	
Paqui Domínguez. La Canchorrera	191
Relato de vida	192
Epílogo	
Las ruinas engrandecen nuestros campos	213
Bibliografía	225

INTRODUCCIÓN

EL VALOR DE LAS CHOZAS

Huellas recientes

La Sierra de la Plata es una imponente montaña situada al oeste del término de Tarifa (Cádiz), en el Parque Natural del Estrecho, surcada de yacimientos que nos hablan de su poblamiento humano desde la Prehistoria. Empezando por las construcciones funerarias y representaciones artísticas: en Tarifa hay sesenta y seis cuevas conocidas con pinturas o grabados rupestres de todas las épocas prehistóricas. Junto con otras existentes en la provincia de Cádiz, conforman el Arte sureño, uno de los conjuntos de Arte Rupestre más importantes en Europa.

En la cima de esta sierra hay un yacimiento prerromano conocido como La Silla del Papa. Aprovechando las formaciones rocosas como parte del suelo o de las paredes se levantó aquí una ciudad fortaleza con viviendas de varias alturas cuyos habitantes vivían de los recursos ganaderos y forestales de los montes circundantes. Estuvo habitada a lo largo de toda la Edad del Hierro hasta el siglo I antes de Cristo.

Descendiendo por la falda sureste de la sierra y antes de alcanzar la duna de Bolonia, la ciudad romana de Baelo Claudia preside el paisaje. A diferencia de la Silla del Papa, Baelo Claudia vivía principalmente de los recursos pesqueros. Son emblemáticas las factorías de salazón de pescado y de *garum* de esta ciudad¹.

1] El *garum* o garo es una salsa muy preciada en la antigua Roma, preparada con vísceras de pescado maceradas.



Yacimiento prerromano de la Silla del Papa. Detalle de una roca. Imagen tomada en mayo de 2013.

Existen también en la Sierra de la Plata huellas arqueológicas de población muy reciente. Están a media ladera de la sierra y mirando hacia la campiña interior, en otros tiempos ocupada por densos bosques. Se trata de decenas de viviendas, hornos, fuentes, pozos, lavaderos, bebederos de animales, corrales, muros y senderos. Sabemos que en los siglos XIX y XX cientos de familias vivieron aquí, en chozas con muros de piedra y techumbre vegetal.

Sus habitantes se cuidaban con remedios naturales y daban a luz en la oscuridad de su choza o a la sombra de un árbol. Regaban sus huertos acarreado agua desde pequeños manantiales y cocían el pan en hornos de piedra. Usaban cuerda hecha con palmito, se alumbraban con antorchas y aprendían a escribir sin escuelas. No llegaron a tener alumbrado público y nunca se instalaron canalizaciones para llevar agua a las casas o eliminar desechos.

Los últimos habitantes de esos enclaves, protagonistas de la supervivencia en medio de la escasez y del abandono institucional, residen hoy en pueblos



Yacimiento romano de Baelo Claudia (Bolonia, Tarifa). A la izquierda en plano medio, pinar de pino piñonero (*Pinus pinea*) sobre dunas semifijas. Al fondo, la Sierra de la Plata. Imágenes tomadas en mayo de 2013.



de la comarca. Otras viven en Sevilla, Vizcaya, Pamplona, Barcelona... Y también en ciudades de Suiza o de Alemania, a donde emigraron hace décadas.

A través de las chozas que aún existen y de la voz de sus antiguos habitantes podemos hoy en día conocer cómo vivieron las generaciones anteriores, cuáles eran sus prioridades, sus valores y sus capacidades. Lavar la ropa, trabajar en el corcho o el carbón, sirviendo o recolectando, desplazarse, escribir y leer cartas, atender a las personas enfermas, festejar... Al recordar y escucharse no dejaban de sorprenderse. Las bromas e ironías sirvieron para espantar el rigor del sufrimiento. Las risas celebraban que pudieron salir adelante. Ellas y ellos son testigos privilegiados de un tiempo ignorado y silenciado. De una forma de vida que confirma la capacidad humana para autoorganizarse ante la adversidad.

La choza de piedra, la casa de adobe o la cueva, dependiendo de la geografía y los recursos naturales, fue la vivienda tradicional principal de las clases populares, que eran y son la parte más importante de la población tanto en cifras como en peso social. De modo que la huella de las chozas en los montes y en la memoria de sus habitantes nos habla de un escenario de vida frecuente en la Península ibérica.

Pascual Madoz recorrió montes y valles estudiando en detalle la geografía española. Su diccionario geográfico editado en 1846 menciona chozas que eran usadas como vivienda en provincias de geografía diversa: La Coruña, Lérida, Zaragoza, Valladolid, Toledo, Canarias, Córdoba, Málaga y, por supuesto, Cádiz².

En Galicia, en la zona Cantábrica, en la Meseta castellana, Aragón, Levante, Canarias y Andalucía las chozas fueron la vivienda tradicional y principal en el ámbito rural y en las áreas periurbanas, además de servir en labores agrícolas y ganaderas, para guardar animales, aperos, grano, forraje y alimentos, o como refugio temporal.

Clases de pobres

Tarifa es un municipio de la comarca de El Campo de Gibraltar, en el extremo sur de la provincia de Cádiz. Esta comarca abarca otras seis poblaciones: San Roque, Algeciras, La Línea, Los Barrios, Castellar de la Frontera y Jimena de la Frontera. Gibraltar, colonia de Reino Unido, está en el flanco este de la bahía de Algeciras.

2] Ver «Diccionario Geográfico Estadístico Histórico de España y sus posesiones de ultramar», Tomo V.



Ubicación de la comarca de El Campo de Gibraltar (en color rojo) en Andalucía, Europa y el Mediterráneo. Tomado y adaptado de Wikipedia.



Municipios de la comarca de El Campo de Gibraltar y Gibraltar (en color blanco). Tomado de Wikipedia.



Tarifa abarca una gran superficie: 419 kilómetros cuadrados. En su término están empadronados dieciocho mil habitantes. El veinte por ciento de la población de Tarifa es menor de veinte años. En el término municipal hay seis centros de Educación Infantil, cinco centros de Educación Primaria y cuatro de Secundaria. Dieciséis mil viven en ocho núcleos de población y dos mil diseminados en los montes y zonas costeras. La siguiente tabla detalla cómo se distribuye la población:

Población	Habitantes³
Tarifa	13.700
Atlanterra	2.155
Facinas	1.146
Tahivilla	404
El Cuartón	159
El Lentiscal	141
El Almarchal	137
Bolonia	97

Por su ubicación estratégica Tarifa es depositaria de una cultura inmensamente rica y sus habitantes son portadores de un saber insustituible. Sólo una pequeña porción de su término es mencionada en las propuestas turísticas; en especial el área costera. Hay quien considera que esto es una ventaja para la preservación de su patrimonio.

La media de las temperaturas mínimas en la comarca oscila entre 12 y 15 grados centígrados y la media de las máximas entre 20 y 25. En la mayoría de las localidades la precipitación anual supera los 1.100 milímetros cúbicos. El clima permite varias floraciones al año y por lo tanto varias cosechas. También una exuberante vegetación autóctona que es fuente de diversidad ecológica y de riqueza forestal, agroganadera y biofarmacéutica. Debido a las temperaturas suaves si no llueve muchas tareas cotidianas pueden hacerse en el exterior de la vivienda.

3] Datos del Instituto de Estadística y Cartografía de Andalucía para el año 2015.



A pesar de las posibilidades para el desarrollo, esta comarca ha sido históricamente pobre. Muchas personas a quienes entrevisté tienen una clara conciencia de clase: no de clase obrera ni de clase campesina, sino de clase pobre. «Nos hemos criado en *clase de pobres*». Con estas precisas palabras lo explica Paqui Domínguez. Y Rosa, estudiante en el Centro de Educación de Adultos de Ubrique, escribió:

*Soy de clase pobre pero no me avergüenzo de nada. Tengo muchos recuerdos de mi infancia pero no puedo anotarlos todos porque me faltaría papel*⁴.

En el contexto de la ocupación colonial de Gibraltar se afianzó el vínculo entre los pocos propietarios latifundistas y las clases poderosas. Esto se manifestaba en una estructura social muy escalonada, donde cada grupo tenía oportunidades visiblemente diferentes.

Juan Quero, labrador, pastor y escritor, pasó su infancia en la Sierra de la Plata. Él se forjó a sí mismo como hombre sabio a través de la lectura. Leía novelas mientras recorría a caballo los campos entre Algeciras y Tarifa trabajando como *recovero* y cuando pastoreaba las ovejas cerca de la aldea de Facinas⁵. Juan fue testigo y protagonista de la realidad social de su tiempo y además de escritor tenía mucho de sociólogo.

Tuve la oportunidad de entrevistarle y de compartir encuentros con él y con sus hijas, nietas y bisnietas. Los escritos y la voz de Juan fueron mi primer y fundamental referente para adentrarme en la historia y en la cultura del pueblo de Tarifa. Y cuando digo historia y cultura digo también formas de decidir y formas de mirar. En su libro titulado «Facinas», Juan enumera las clases de familias campesinas que habitaban los campos cercanos a esta aldea entre los años cuarenta y sesenta. Merece la pena detenernos en su acertada descripción:

Era curioso observar cualquier soleada mañana el ir y venir del variopinto personal que circulaba por los caminos y veredas de herradura que conducían a Facinas.

4] Documento multicopiado sin referencias de edición.

5] En esta comarca los *recoveros* compraban a las familias productos del campo y los vendían en zonas donde escaseaban. Al tiempo, vendían o intercambiaban a estas familias alimentos, telas o productos de estraperlo como el café, el tabaco y el azúcar.



Los pequeños propietarios venían cabalgando sobre un hermoso corcel enjaezado con silla y freno. Su misión era sólo administrativa y tras él venía uno de sus hijos o empleado con una o dos bestias reatadas cargadas de trigo para moler y con las vasijas para llevar el suministro que en los pequeños almacenes compraba (clase 1)⁶.

La otra clase social que económicamente le seguía eran los pequeños colonos, que trabajaban con la ayuda de su familia las tierras arrendadas anualmente. Existían grandes diferencias entre ellos: los había que vivían holgadamente y quienes las pasaban canutas (clase 2).

Después estaba la clase jornalera, cuyas mujeres venían con unos escuálidos borriquillos y la media fanega o la cuartilla de trigo para moler (los maridos no podían perder la jornada)⁷. Llevaban unas viejas y remendadas alforjas donde echar los escasos artículos que pudieran comprar o que a fuerza de promesas pudieran conseguir que les fiaran hasta el verano (clase 3).

Y otra clase más pobre, que por no tener no tenían ni trabajo. Símbolos vivientes de la mucha calamidad que había camuflada por estos ricos campos. Venían andando con unas alpargatas rotas, bastante ligeros de ropas y a la espalda un saco de yute lleno de *tagarninas* o lo que daba el campo. Con el dinero que de su venta obtuvieran comprarían una o dos *teleras* de pan⁸ para llenar la barriga de los churumbeles que habían dejado en la choza (clase 4)⁹.

En la Sierra de la Plata y otros montes vivían en chozas familias de las clases tercera y cuarta descritas por Juan Quero. Eran las más olvidadas entre la población rural de Tarifa, en el extremo de una secuencia de marginalidades:

6] La numeración de las clases es mía.

7] La fanega es una antigua medida de volumen. Una fanega de trigo equivale a 4 cuartillas y a 46 kilos.

8] La *tagarnina* (*Scolymus hispanicus*) es un cardillo comestible muy apreciado en la zona, que se toma en revueltos y potajes. Una *telera* es una hogaza de pan moreno de forma alargada.

9] Adaptado de su libro «Facinas. Historia de Facinas y Campiña de Tarifa según Juan Quero», editado en 1997. Páginas 135 a 137.



desde el sur de Europa al mundo rural del sur, de la Andalucía del caciquismo a las fincas de Cádiz y por fin a la comarca de El Campo de Gibraltar.

Tarifa en mi vida

Mi recorrido como investigadora es parte de mi biografía. Cada paso en mi trabajo está insertado en el día a día de la mujer que era yo en ese tiempo, unido a mis fortalezas y a mis fragilidades. Nací en Madrid en los años sesenta. Soy hija y nieta de tarifeños por parte de mi padre, Enrique Díaz, y he pasado muchas temporadas de mi infancia en Tarifa. Guardo imágenes muy vivas de algunos veranos con mi abuela Ana Rodríguez y Feliciano y Josefa, dos hermanas suyas. Recuerdo las interminables caminatas por la playa de Los Lances cuando la arena arrojada por el viento parecía erosionar mis piernas. Y una tarde inolvidable con mi prima Victoria en la playa de Valdevaqueros revolcándonos por la duna incansablemente. Esa mágica duna que se reconstruía a sí misma en cuestión de minutos gracias al viento.

El viento siempre está presente en las conversaciones y en la planificación de actividades en Tarifa. El viento construye dunas, moldea la vegetación, condiciona la migración de las aves, influye en la ropa que nos ponemos y en nuestros dolores de cabeza o cambios de humor. El viento se convierte en protagonista de nuestras conversaciones. Protagonista engreído en ocasiones: en una entrevista para una tesis me preguntaron si creía que el viento condicionaba la vida de la gente en esta región. Respondí que el principal condicionante hoy sigue siendo la distribución injusta de la tierra, no el viento.

Mi abuela Ana emigró a Madrid junto a su familia hacia 1947, cuando mi padre era adolescente. Allí nacimos sus cuatro hijos en los años sesenta. Yo vivía mi espacio social en Madrid como un precioso e ingenuo crisol de identidades donde lo extraño era ser descendiente de madrileños. Recuerdo que me definía con orgullo como hija de emigrantes andaluces.

La decisión de emigrar de mis abuelos tuvo que ver con la difícil situación que vivía la familia. A inicios de los años cuarenta mi abuelo estuvo preso en la cárcel de Porlier de Madrid tras ser procesado por el Tribunal del Comunismo y la Masonería¹⁰. Era la tercera vez que era encarcelado desde el golpe de estado

10] La prisión estaba en el edificio del Colegio Calasancio de los escolapios, que fue incautado por el gobierno franquista y usado como prisión desde agosto de 1936 hasta 1944.



de julio de 1936. Por las fechas en que llegaron a Madrid todavía debía presentarse periódicamente en una comisaría de la ciudad. El traslado supondría un respiro en el aislamiento de la familia por motivos ideológicos y facilitó los estudios de mis tías y mi padre.

Entre 2004 y 2013, nueve años de mi vida adulta, los viví en este pueblo llamado «ciudad de Tarifa». Mi padre había regresado a Tarifa hacia 1992 y no le faltaban actividades ni amistades. Diez años después su salud empezó a quebrarse. Su voz en nuestras conversaciones por teléfono me transmitía fragilidad, me inquietaba su soledad y sabía que sólo sus hijos podíamos sostenerle.

Emigrar a Tarifa fue una oportunidad para comprender mi historia familiar: el recorrido migratorio de mis abuelos, cómo les afectó la represión franquista y cómo se vivió la violencia sexual y la discriminación, una realidad que asomaba en anécdotas que mis tías me contaban.

Mis primeras conversaciones con las vecinas de Tarifa me mostraron que mis abuelos estaban entre unas pocas de familias con más oportunidades: mi abuela Ana, como hija de un artesano y comerciante talabartero, pudo ir a una escuela, usaba zapatos a diario y viajaba con su familia para visitar a sus parientes. Y por fortuna al llegar a Madrid no necesitaron hacerse una chabola, porque llevaban unos ahorros.

El comienzo no fue sencillo. Mi padre subrayó su desacuerdo con nuestro traslado y mi compañero no encontraba el apoyo esperado de otros trabajadores de su gremio. Yo tenía mucha ilusión por emprender mis proyectos y estos reveses más bien me incitaban a perseverar. Ahora vivo en Bilbao, donde elegí ser acogida por segunda vez. Al mirar hacia atrás me alegro de mi experiencia en Tarifa a sabiendas de que en algunos momentos me resultó intransitable.

Por nueve años conocí montes y valles, investigué y escribí. Los habitantes de Tarifa y de otros pueblos de la comarca compartieron conmigo cientos de horas de conversaciones. Permitieron que les fotografiase en sus casas y patios, con sus familiares y en ocasiones con sus animales. El saber que me transmitieron fue inmenso. En mi presente todavía me afloran sus reflexiones y anécdotas.

En el año 2005 empecé a ensayar una forma participativa de recoger memorias de vida. Un taller grupal que bauticé con el nombre de «La Historia de mi Vida». Mi propuesta consistía en recoger sus memorias y elaborar un cuaderno para regalarlo a familiares y amistades. Fueron sólo mujeres quienes se apuntaron ilusionadas.

Durante sucesivos encuentros semanales leíamos en grupo relatos autobiográficos de mujeres de Cádiz y conversábamos sobre sus vidas. Estos textos llenos de saber y sentimiento me sirvieron también para situarme en



su realidad. No me costó reconocer las vivencias relacionadas con la escasez y la miseria, con la discriminación de género, con formas de represión y silenciamiento que afectaban a la propia supervivencia... Me ayudaron mis raíces gaditanas y también a mi experiencia en El Salvador (Centroamérica).

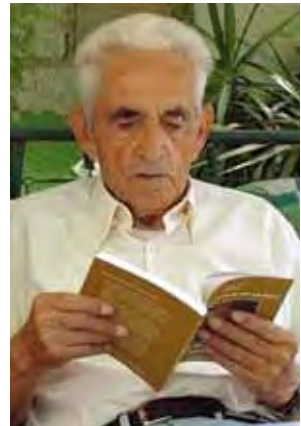
Nombrar nuestra casa

Poco después de instalarme en Tarifa hice una entrevista en profundidad a Juan Quero, autor del libro «Facinas» que ya cité. Publiqué sus memorias en 2006 gracias a un préstamo de mi amigo Lluís Maruny y al apoyo de la Asociación Litoral, que ha hecho un trabajo excepcional de recuperación de la literatura oral en la comarca.

La familia de Juan se dedicaba al pastoreo de cabras y a la elaboración de quesos. Vivían en una cabreriza en la parte más escarpada de una extensa finca cercana a Zahara de los Atunes llamada El Moro, en las faldas de la Sierra de la Plata (Tarifa). Juan fue la primera persona que me contó en detalle cómo era su vivienda, refiriéndose a los años veinte y treinta:

Nuestra casa tenía dos departamentos separados con dos puertas, una para entrar a la que llamábamos «la casa de las camas», donde tenía mi padre un cañizo hecho para que la alcoba de los jóvenes estuviera aparte de la cama del matrimonio.

La otra puerta entraba a la cocina o «la casa de la candela», que es donde teníamos la candela siempre encendida y donde se hacía el café por la mañana y después se ponía el puchero, que se llevaba cociendo casi todo el día. Allí era también donde hacíamos todo el trajín de elaborar el queso. Junto a la casa había una choza hecha de castañuela de La Janda que se utilizaba como quesera¹¹.



Juan Quero en Tarifa, en 2007.

11] La castañuela (*Scirpus sp*) es una herbácea de tallos estrechos y fibrosos que crece en humedales.



Muy cerca, en la parte oeste, estaban los corrales de las cabras, los cobertizos para los cabritos, el ordeñador de las cabras y el horno donde mi madre cocía el pan¹².

Muchas personas con quienes hablé vivieron en casas de forma y distribución similares a la descrita por Juan Quero. Constaté que esa vivienda tradicional era la más frecuente y que las palabras con que Juan la llama son habituales en el habla local. Así que empecé a quitar el entrecomillado a la casa de las camas, a la casa de la candela... No por aligerar la escritura sino como reconocimiento a esa forma de vida y cultura.

La mayor parte de la gente nombra su vivienda con la palabra casa. Dicen «la casa donde me crié», «la casa de mis padres», «nos hicimos una casita», etcétera. Francisca García, nacida en la finca de El Pedregoso (Facinas) me decía: «Yo me casé en 1952. Al lado de mi suegro puse mi casa, que la hizo mi marido de piedra seca y de castañuela».

Numerosas personas explican que sus casas eran muy pequeñas y que tenían muros de piedra. Todas detallan que el techado era vegetal. Hay testimonios y relatos literarios que inciden en que habían de agacharse para entrar en la casa. A veces se alude expresamente a la piedra seca, una forma de construir poniendo piedra sobre piedra sin relleno o argamasa. Las viviendas de argamasa sencilla, tierra arcillosa o mortero de cal suelen considerarse también construcciones de piedra seca.

Las viviendas descritas son similares a la casa donde se alojó por unos años mi tía abuela Feliciano Rodríguez. Feliciano nació en Tarifa y se trasladó a Sevilla para acabar su bachillerato y estudiar Ciencias Químicas. Fue una mujer de gran inteligencia y fuerte carácter que siempre tuvo independencia económica y que no se casó, algo fuera de lo común en el tiempo y el lugar donde le tocó vivir. En el otoño de 1936, dado el curso que tomaba la guerra en España y la precarizada situación de su familia, Feliciano tuvo que dejar la Universidad. Años después hizo Magisterio y empezó a trabajar como maestra en la escuela rural mixta de Casas de Porros, cerca de la playa de Valdevaqueros.

Feliciano era una mujer muy metódica. Sus álbumes de fotografías contienen cientos de fotos ordenadas por grupos familiares y cronológicamente, datan desde el siglo XIX y tienen anotaciones de fechas y nombres. Hay una pequeña foto en la que está sentada sobre unas piedras junto a dos amigas

12] Página 38 de mi libro «Memoria de Juan Quero, labrador, pastor y escritor».



De izquierda a derecha, Josefa Marset, Carmela Carrillo y Feliciano Rodríguez en Casas de Porros, año 1949. Al fondo las dunas de Valdevaqueros. Foto: archivo familiar.

suyas. Detrás se aprecian una casita de techo vegetal, otra menor con chimenea y una tercera de más altura.

En mis primeros años de vida en Tarifa yo no caía en la cuenta de que las casas de las que me hablaba mucha gente de Tarifa, incluida aquella donde se alojó mi tía abuela, eran chozas. Ese espacio de vida e identidad que habitaban con dignidad eran construcciones de paredes de piedra y techado vegetal. Hay un tiempo para escuchar y otro para asimilar; un ritmo para recoger información y otro para entenderla¹³.

Me vi obligada a redibujar el escenario de muchos relatos de vida recogidos: ese lugar donde había sucedido tal o cual anécdota, ese espacio donde se nacía y se moría, era una choza. La casa a donde se regresaba tras una larga jornada de trabajo segando o lavando la ropa de los señoritos era una choza. El rincón donde se metían las gallinas, el techado donde se colgaban los chorizos si había matanza, el fogón donde se cocinaba y la banqueta de corcho donde sentarse para trenzar la palma o leer novelas, estaba en una choza.

13] Kontxa Fernández, que pasó su niñez en una chabola, recuerda que ella la llamaba «mi casa». Comenzó a escuchar la palabra «chabola» cuando se trasladó a un piso y participaba en el movimiento vecinal. Su testimonio es parte de mi libro «Con cuatro tablas y cuatro chapas. Vivir en barracas», editado en 2018.



Las chozas y las chabolas

Hacia el año 2012 inicié una investigación sobre los maestros ambulantes y las escuelas particulares en Tarifa. Hombres que recorrían los campos enseñando a leer y escribir, y mujeres que regentaban escuelitas en aldeas y pueblos. Dos modelos de enseñanza no formal que cubrían gran parte de la demanda educativa en el mundo rural hasta los años setenta. Buscaba respuestas a muchas preguntas: ¿Qué preparación tenían estos hombres y mujeres? ¿Por qué escogieron este modo de buscarse la vida? ¿Cómo enseñaban? ¿Qué recibían a cambio?¹⁴

Las entrevistas se sucedían en cadena. Todas las personas entrevistadas me dieron referencia de otras que también aprendieron sin escuela oficial. Muchas de ellas, motivadas por el reconocimiento a quienes les enseñaron a leer y escribir, hicieron averiguaciones por su cuenta y me acompañaron en algunas visitas. Esto me permitió ampliar mi red de contactos en el campo de Tarifa.

No exagero cuando afirmo que algunas entrevistas se convirtieron en auténticas sesiones de historia local y de antropología. Esto tiene su explicación: en esta parte de Andalucía los lazos familiares y de vecindad son muy estrechos y se hacen indispensables con la pobreza extrema y la dispersión geográfica. Los relatos orales y el repaso de biografías y genealogías cercanas son parte sustancial de las conversaciones entre la gente. Es una forma de relacionarse que ayuda a reforzar los lazos comunitarios, y permite autoreconocerse como grupo y construir historia propia.

La primavera de 2013 fue especialmente intensa para mí en el aspecto emocional. A primeros de marzo resolví separarme definitivamente de mi pareja. Dos semanas después estaba haciendo turnos con mi hermano Quique para acompañar a nuestro padre, ingresado en el Hospital Punta Europa de Algeciras por una infección de riñón extendida a varios órganos. Estaba afectado de Alzheimer, tenía diabetes, artrosis en la columna y rodillas, y recientemente se había partido varias vértebras. Su deterioro mental y físico descendía por una vertiginosa pendiente.

Por las mañanas solía tomarme un respiro caminando por el recinto del Hospital con la vista perdida en la Bahía de Algeciras y en Gibraltar. Un día, al emprender mi ansiado paseo recibí una llamada del médico Antonio Escolar, de Salud Pública de Cádiz, con quien había trabajado previamente.

14] Los maestros ambulantes y las escuelas particulares en el ámbito rural serán motivo de un futuro libro.



Antonio me propuso un pequeño gran encargo: recoger información sobre la vivienda en El Campo de Gibraltar hasta los años sesenta, en concreto sobre la vida cotidiana en las chozas y en las chabolas¹⁵. Quería conocer de primera mano cómo la gente cocinaba y se calentaba, cómo cuidaba su salud y cómo eliminaba los desechos.

Esta información le ayudaría a respaldar una investigación que tenía entre manos, «Los otros humos tóxicos de El Campo de Gibraltar». En ella defiende que las condiciones de vida en el contexto de subdesarrollo tienen un peso considerable en la sobremortalidad por cáncer detectada en la comarca en los años setenta. Y que no se ha dado suficiente valor a la contaminación del aire interior, aquella producida por los humos de la leña, el carbón y el petróleo usados para cocinar, calentar y alumbrarse en las infraviviendas¹⁶.

Mi cuerpo tiembla con cada nueva propuesta de investigación, dada mi alta autoexigencia y el miedo consecuente a no cubrirla, y a la excitación ante la oportunidad de adentrarme en una realidad social poco conocida. Este revuelo interior no hace sino impulsarme a dar pasos hacia adelante.

Para empezar repasé minuciosamente los testimonios que había recogido años atrás con motivo de mis talleres de Memoria Oral y de mi trabajo sobre la enseñanza no formal. Me alegré de que esta investigación inacabada se solapara con el encargo de Antonio, pues mis contactos y entrevistas podían complementarse: la persona que había aprendido con un maestro ambulante era también preguntada por su vivienda familiar y viceversa.

Cada nuevo relato ampliaba mi visión, hasta que entendí que buena parte de la población de Tarifa y de la comarca había vivido hasta los años setenta en aldeas y diseminados de chozas o en barriadas de chabolas. Habían pasado ocho años desde que llegué a Tarifa y empecé a entrevistar a sus habitantes cuando sumé a mi haber esta noción fundamental.

Los trabajos temporales y precarios que exigían desplazamientos periódicos no permitían pensar en una vivienda fija. La población con mínimos recursos no podía comprar suelo ni materiales para construir vivienda. La mayoría

15] Chabola viene del euskera *txabola*, que significa choza. En algunas regiones las dos palabras conservan un significado parecido. En este trabajo la chabola nombra a las viviendas de autoconstrucción con materiales de origen urbano y sintéticos, y la choza a la vivienda hecha con elementos naturales: piedras, tierra y plantas.

16] Forma de contaminación conocida técnicamente como *indoor air pollution*. Ver «Dictamen sobre El exceso de mortalidad y morbilidad detectado en varias investigaciones en El Campo de Gibraltar» (2013).



no tenía más opción que construir en suelo público y sin títulos de propiedad. A esto se añadía otra limitación: hasta los años setenta se controlaba estrechamente la construcción en mampostería en el área de interés militar que rodeaba la colonia de Gibraltar.

En áreas rurales, vías pecuarias, zonas costeras no urbanizadas y montes de propios construían chozas de piedra y techumbre vegetal. Algunas familias que trabajaban al servicio de grandes propietarios hacían su choza en la finca, otras construían en su pequeña parcela. Sebastián Álvarez Cabeza recoge esta realidad en un artículo sobre los trabajos forestales en los montes de Tarifa¹⁷:

Cristóbal Gutiérrez Camacho, nacido en 1947 en la finca de Los Tornos (Facinas), explica que su casa tenía «muros de piedra y techo de castañuela». La construyó su abuelo dentro de una finca que no era suya, gracias al guarda forestal. «Tú lo haces, que yo luego te pongo una multa y ya puedes vivir en ella», fueron sus palabras.

Pasado un tiempo su padre construyó otra choza a unos metros de distancia, donde nacieron Cristóbal y sus tres hermanos. En 1955 se trasladarían a la finca de la Arráez. Su padre ocuparía la casa del guarda y allí nacieron cuatro hermanos más.

La diversidad de personas y lugares mencionados en este libro dan buena cuenta de la amplia presencia de la choza hasta los años setenta. La lista de lugares de Tarifa donde se vivía en chozas abarca todo el término. Muchas personas se detienen a explicar que «no éramos sólo nosotros, todos vivíamos igual», o que «por aquí todo eran chozas». Veamos la aportación de Juan José Señor, criado en Las Higuierillas, cerca de Puertollano (Tarifa):

Yo y todos los de por aquí hemos vivido en chozas levantadas con piedra y tierra, y techadas con palmas sobre un emparrillado de acebuche y cañas¹⁸. Unos eran más curiosos y otros lo eran menos, en cuanto a los paramentos y las techumbres¹⁹.

17] Sebastián Álvarez Cabeza (2012). «Cristóbal Gutiérrez y los montes de Tarifa». Revista Aljaranda, número 86.

18] El acebuche (*Olea europaea variedad sylvestris*), árbol muy frecuente en la zona, es el olivo silvestre. La caña usada en esos techados probablemente es la especie *Arundo donax*.

19] Comunicación por correo electrónico el 26 de abril de 2013.



En muchos montes y valles de Tarifa la choza era la única construcción posible entre la gente pobre. La escuela o la tienda, si es que había, eran también de piedra y castañuela. Juan Atanasio, nacido en 1938, vivió en el monte de La Ahumada (Tarifa) hasta hace pocos años. Él recuerda a un vecino suyo llamado Pedro que, como todos los demás, vivía con su familia en una choza. Pedro regentaba un ventorrillo o tiendita en esa misma choza, y también allí un maestro ambulante daba clases a algunos niños y niñas de la zona.

Juan Quiñones, nacido en 1945 en Casares (Málaga), se crió en la finca de Majarambú (Castellar) y con siete años llegó junto a sus padres a la finca de La Almoraima. Juan recuerda que allí todo eran chozas salvo unas diez casas. La iglesia del lugar también era de piedra y techo vegetal, hasta que las propias familias construyeron una de obra:

En la Almoraima eran chozas todo. ¡Vivíamos como indios! Más o menos como los indios, en chozas. Y una iglesia había allí de tres chozos, hasta el año sesenta y tantos que hicimos otra de piedras. Yo tenía diecisiete años y estaba de cabrero. *Arrecogía* las piedras y me las traía. Cada uno puso lo que pudo: uno dio dinero, otro llevó cemento, el albañil puso su trabajo...

Juan me dio la siguiente foto de dos chozas en la finca de La Almoraima. Su disposición en paralelo y su reducido tamaño nos indican que con toda probabilidad las chozas eran de una sola familia. El encalado se ha aplicado

**Chozas en
La Almoraima.
Fotografía
aportada por
Juan Quiñones.**





directamente sobre la piedra. Juan desconoce la ubicación exacta y fecha de la foto. Afirma que su casa era «una choza igual que ésta», que el techo de la choza donde dormían era «de pasto; de brezo o junco» y el de la cocina de uralita.

«Barracas» o «*berracas*» es el nombre con el que se conoce a las chabolas en esta comarca. O mejor dicho, es la palabra que designa en la Bahía de Algeciras a cualquier vivienda construida con materiales a mano, sean tablas y chapas, o juncos, cañas y barro. Ésta es una de las conclusiones a las que llegué cruzando la información visual de Internet con la que me ofrecieron las personas que entrevisté en 2013 en mi investigación sobre la vivienda en la comarca²⁰.

La palabra barraca designa también a la vivienda tradicional en algunas zonas del Levante peninsular como el Delta del Ebro. Me llamó la atención su similitud con las barracas de juncos y cañas que pervivieron hasta los años



Mujeres y niños ante una choza o barraca de caña y junco en la Estación de San Roque. Nótese que la casa tiene dos puertas enfrentadas.



Calle del Río, en la Estación de San Roque. Chozas o barracas de junco, caña y barro con paredes encaladas.

20] Mi libro «Con cuatro tablas y cuatro chapas», editado en 2018, recoge las entrevistas realizadas para esa investigación.



ochenta en los arenales y vaguadas del municipio de San Roque (Estación de San Roque, Puente Mayorga y Campamento).

Las barracas cubrían por cientos y miles las cañadas, vaguadas y franjas costeras cercanas a zonas urbanas de la comarca. Es reveladora la información que da la comunidad cristiana de la parroquia de Santiago Apóstol de La Línea en su libro «Recuerdos y reflexiones. La Línea de la Concepción (1952-1964)». Y los datos aportados por el sociólogo Juan Maestre Alfonso en la obra «Hombre, tierra y dependencia en El Campo de Gibraltar» editada en 1968:

Un informe del Ayuntamiento de Algeciras decía que sólo en las vías pecuarias hay 900 barracas con unos 4.500 habitantes. En los montes de propios y en las vías pecuarias de Tarifa vivían cerca de 4.000 personas en penosas condiciones. Y el ochenta por ciento de las viviendas de San Enrique de Guadiaro y de Guadiaro estaban en plena cañada.

En mis últimos años en Tarifa aprendí a reconocer las ruinas de las casas y construcciones agroganaderas que permanecen aquí y allá por los montes. Aprendí también a leer el pasado en las nuevas viviendas del campo y de los barrios marginales; porque miles de casas han sido reformadas o reconstruidas conservando parte del diseño, estructura y materiales originarios de las chozas o de las barracas.

Sumando preguntas

Mi acerbo de preguntas se extendía a medida que lo hacía mi visión sobre esta realidad. Los resultados se hacían prometedores. Si las viviendas tradicionales de este lugar eran las chozas y si se trataba de la construcción más frecuente, tenía sentido averiguar cómo eran y cómo se edificaban. Y sobre todo era de vital importancia adentrarnos en la realidad de la gente que las habitaba: ¿cómo se vivía en las chozas? ¿cómo salían adelante las familias de aldeas y diseminados de chozas?

Hablé con otras personas que investigaban en estos montes cargados de historia y cultura. Un especialista en arqueología me aseguró que ya no existen vestigios de la vivienda tradicional y que sólo contados ancianos podrían detallar cómo se construía la choza. Esto no concordaba con lo que los habitantes del campo me revelaban con orgullo y clarividencia.



Observé que la palabra para señalar a los portadores de este saber solía ser «hombres» o «ancianos». Lo cierto es que todas las mujeres a quienes entrevisté (algo más de la mitad de mis informantes) demostraron conocer esta realidad. De hecho ellas habían participado en la construcción y mantenimiento de sus viviendas.

Sin duda el saber y las costumbres se transmiten a lo largo de décadas y siglos a través de la literatura oral. Cuando repasé el libro «Cantos populares españoles», editado en 1882, me impresionó encontrar un trabalenguas sobre una mujer que está reparando el techo vegetal de su choza:

María Chucena su choza techaba,
y un techador que por allí pasaba le dijo:
–María Chucena, ¿techas tu choza o techas la ajena?
–Ni techo mi choza ni techo la ajena,
que techo la choza de María Chucena²¹.

En las entrevistas salen a la luz decenas de palabras y expresiones poco conocidas entre otros hablantes del castellano, por lo que he añadido numerosas notas a pie. Además remarco las formas de nombrar lo relacionado con la choza, ya que señalan la diversidad cultural y lingüística debida al aislamiento y muestran la autonomía en el hacer.

No es de extrañar que muchas de esas palabras no estén en el diccionario de la Real Academia Española pues esta Academia camina a la zaga de la realidad social. Lo llamativo es que algunas tampoco aparecen en los vocabularios locales. Sobre todo hace falta ampliar la información lingüística sobre la vida en la casa, las creencias, las tradiciones, la crianza, los cuidados y otras responsabilidades consideradas socialmente propias de la mujer.

Mi segundo paso en el trabajo encargado por Antonio Escolar fue revisar bibliografía relacionada con la vivienda tradicional o vernácula en la comarca. Prácticamente todos los documentos sobre historia, arquitectura y urbanismo que hallé hablaban sólo de la vida de las clases medias y altas. Aquello me decepcionó profundamente.

Libros, artículos o cuadernillos; editados por administraciones, por colectivos locales o autoeditados... La sorpresa era la misma: describían y ofrecían fotografías, dibujos y planos de casonas, de chalés y sus jardines, de palacetes

21] Francisco Rodríguez Marín. Edita Francisco Álvarez y Cía, Sevilla.



y de cortijos de señoritos. A excepción de algunas referencias a casas modestas con muros de ladrillo o de piedra y con techo de teja, casi siempre situadas en la zona comercial, en el centro administrativo del pueblo o en las fincas.

Dicho de otro modo, en esta comarca los términos «arquitectura tradicional», «vivienda vernácula» y «urbanismo» no suelen asociarse a la vivienda llamada choza. La salvedad son ciertos documentos sobre Los Barrios, Castellar y Jimena.

En los textos de historia local en poblaciones de Cádiz como Vejer y Benalup la choza tiene más reconocimiento. También en los estudios referidos al Parque Nacional de Doñana, que incluyen desde los palacios y cortijos hasta los poblados de chozas.

En la base de datos en línea sobre el Patrimonio Inmueble de Andalucía sólo hallé siete registros de chozas: tres en la provincia de Málaga (Cañete la Real, Gaucín y Sierra de Yeguas), dos en Huelva (Encinasola y Valdelarco) y dos en Cádiz (Puerto Serrano y Vejer de la Frontera).

La información que recoge sobre El Campo de Gibraltar habla por sí sola de su gran riqueza arquitectónica y etnológica: existen 557 registros. Entre ellos, 157 están en el municipio Tarifa. Con esta cifra, Tarifa ocupa el lugar número 12 en Andalucía en cuanto a número de bienes inmuebles inscritos. Los bienes incluyen abrigos con pinturas rupestres, caminos, edificaciones, viviendas (entre ellas cortijos), yacimientos romanos y prerromanos, torres de vigilancia, molinos harineros hidráulicos, poblados de colonización, iglesias, etcétera. Los cortijos de Iruela y de El Acebuchal, donde trabajaban las familias de Ana y Adolfo Trujillo, están incluidos en este catálogo. También aparece uno de los molinos harineros de Puertollano.

Mientras repasaba cifras y nombres de esta base de datos no dejaba de preguntarme, ¿por qué en los estudios sobre esta olvidada comarca no suelen mencionarse las casas de la mayoría pobre? ¿Por qué interesa más la historia de los cortijos y de sus dueños, y no tanto la vida y pensamiento de la mayor parte de la población?